

Hojitas de Fe

Ahí tienes a tu Madre

30

4. Fiestas de la Virgen

María Santísima, la nueva Eva del nuevo Adán

Uno de los distintivos de la Religión católica es el amor y devoción a la Santísima Virgen, que parten: • de su dignidad de Madre de Dios; • del amor que le tuvo Jesucristo, el Verbo encarnado, a quien todo su Cuerpo místico debe imitar; • y de la misión que Dios le confió, a saber, la de ser la Socia indisoluble de Cristo en la obra de la Redención de las almas.

1º María es la nueva Eva de Cristo.

Para explicar esta vinculación entre María y Cristo, el Papa Pío XII nos propone el título de María como «nueva Eva» que le dieron todos los Santos Padres. La razón de ello es que Dios ha concebido la obra de la Redención a modo de una divina venganza, en la que quiso servirse, en sentido contrario, de las mismas armas de que Satán se valió para vencer a la Humanidad y, en cierto modo, a Dios mismo.

«Cristo derrotó y venció totalmente al demonio –afirma San Juan Crisóstomo– con los mismos medios y las mismas armas de que él se había servido para vencer primero. ¿Y cómo? Oyelo. Una virgen, un madero y una muerte fueron los símbolos de nuestra derrota. La virgen era Eva; el madero, el árbol de la ciencia; y la muerte, el castigo de Adán. Pero atiende de nuevo: una Virgen, un madero y una muerte son también los medios de la victoria. En el lugar de Eva está María; por el árbol de la ciencia del bien y del mal, el madero de la cruz; y por la muerte de Adán, la de Cristo. ¿Ves ahora cómo el demonio fue derrotado por donde él mismo había antes vencido?».

En efecto, el plan de Satán fue el siguiente: por la mujer perder al hombre, y por ellos a todo el género humano. El primer hombre, Adán, tuvo un papel decisivo en la caída original; mas la mujer tuvo un papel de introducción, de preparación, y más tarde, de cooperación.

Dios condesciende, por decirlo así, en luchar contra Lucifer en el terreno escogido por él, y lo vence con sus propias armas. Al primer Adán, prevaricador, Dios opone un nuevo Adán, Cristo Jesús, según la enseñanza de San Pablo en su Epístola a los Romanos: así como por la desobediencia de un solo hombre, el primer Adán, entró en el mundo el pecado, que nos da la muerte a todos, por

cuanto todos pecamos en Adán; así también por la obediencia de un solo hombre, Jesucristo, nuevo Adán, entró en el mundo la gracia, y se concedió a todos los hombres la justificación que da la vida.

Pero a nuevo Adán corresponde *nueva Eva*. Todos los Padres y Doctores de la Iglesia, desde San Justino (siglo II) hasta San Bernardo (siglo XII), señalaron este papel de María como nueva Eva, comparándola con la primera; y afirmaron que, en la obra de la Redención, María fue para Cristo lo que Eva fue para Adán. Y así como en el orden de la caída todo comenzó por la mujer, también en el orden de la reparación y de la salvación todo comienza por otra Mujer, María.

María, pues, ha sido esencialmente querida por Dios como la nueva Eva de Cristo, el nuevo Adán. Difícilmente se encontrará definición más exacta y completa de Ella que la que Dios mismo dio de Eva cuando creó a la primera mujer: «*Adiutorium simile sibi, una Ayuda semejante a El*». «*No es bueno que el hombre esté solo* –dijo Dios antes de crear a la mujer–; *hagámosle una ayuda semejante a él*». Y puesto que Adán y Eva eran tipos y figuras de Cristo y de María, eso mismo hemos de decir de ellos: que «*no responde a los planes de Dios que el Hombre esté solo: reclama una Ayuda semejante a El para realizar su Obra, la de la redención del género humano*». Y así, María será para Cristo, en el orden de la reparación y de la gracia, lo que Eva fue para Adán en el orden de la caída y del pecado.

2º María, semejante a Cristo.

1º Se obra como se es: «*Operari sequitur esse*». Por eso, para colaborar con Cristo, María debía primeramente serle semejante en su ser. Y le será semejante de tres maneras: por su **Inmaculada Concepción**, en virtud de la cual se ve totalmente exenta del pecado original; por su **plenitud propia de gracia**, y por la **eminencia singular de sus virtudes**, todas ellas perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo. En razón de este triple privilegio, la unión de María con Cristo por la gracia supera todo lo que podemos imaginar. Jesús se posesionó de María de tal manera, que entre ellos dos sólo hubo un pensamiento, una voluntad, un querer, unos mismos intereses, un mismo deseo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

2º Además, para que esta colaboración con Cristo revistiera un carácter habitual y oficial, Cristo Jesús quiso que María le estuviese unida por lazos duraderos y físicos. Un matrimonio ordinario quedaba evidentemente excluido, porque Jesús y María debían ser los nuevos padres de la Humanidad regenerada, no según la carne, como Adán y Eva, sino según el espíritu. Por eso, para que María fuese la **Esposa espiritual** y la **Cooperadora universal** de Jesucristo, Dios hizo algo admirable: la convirtió en **Madre de Jesucristo según la carne**, y la unió así de manera definitiva con Cristo por los lazos físicos más estrechos que puedan concebirse. Por esta maternidad divina, María quedaba elevada al nivel de Cristo, y equipada para realizar en unión con Cristo, y en dependencia de El, la gran obra de glorificación del Padre y de salvación de la Humanidad.

3º María, ayuda de Cristo.

Una vez que ya era semejante a Cristo, podía María colaborar con El.

1º Ante todo, será **Corredentora** con Cristo, siendo con El un solo principio moral del acto redentor mismo, y a este título, Sacrificadora secundaria y Víctima subordinada del Sacrificio del Calvario.

2º Y como el acto redentor merece todas las gracias necesarias o convenientes para la salvación de la Humanidad, María participa también a este aspecto, recibiéndonos todas las gracias que serán concedidas a los hombres. Y así como Cristo es Mediador de todas las gracias, porque El las mereció al precio de su sangre, del mismo modo María, por ser Corredentora y haber merecido todas las gracias en unión con Jesús, al precio del martirio de su Corazón inmaculado, queda establecida por Dios **Mediadora universal de todas las gracias**: Ella nos ha merecido toda gracia, Ella la obtiene por su omnipotente oración, y Ella nos la destina y consiente a ella por un acto libre y consciente de su voluntad.

3º Ahora bien, la gracia es la vida del alma, su vida sobrenatural. Por lo tanto, como María comunica realmente la vida a las almas, Ella se convierte en **Madre espiritual de todos los redimidos**, ejerciendo sobre ellos una verdadera maternidad: María cumple de manera eminentísima todas las funciones que una madre ejerce en la vida de su hijo.

4º Redimir las almas, aplicarles los frutos de la redención, comunicarles la gracia, engendrándolas así a la vida sobrenatural, formarlas y hacerlas crecer en ella, es una obra ardua, pues a ella se oponen poderosas fuerzas adversas coaligadas contra Dios y contra las almas: el demonio, el mundo y las malas inclinaciones que el pecado original ha dejado en todo hombre. Lo cual significa que redención, santificación y vivificación son un combate incesante. Pues bien, en esta lucha María es la **eterna adversaria de Satanás**, detrás de la cual Cristo parece esconderte, como en otro tiempo la Serpiente se había escudado detrás de Eva. María es la eterna y siempre victoriosa Combatiente de los buenos combates de Dios.

5º Más que eso: por debajo de Cristo, Ella es la invencible **Generala de los ejércitos divinos**, pues conduce y dirige el combate. Ella es para la Iglesia y para las almas todo lo que un general es para su ejército: da a las almas y a las mismas autoridades de la Iglesia las luces necesarias para descubrir las emboscadas de Satán y dirigir la batalla; sostiene los ánimos de sus hijos, los vuelve a lanzar al combate sin cesar, y les suministra las armas adecuadas para asegurarse de la victoria; pues todo eso es, con toda evidencia, obra de la gracia: gracia de luz, de valentía, de fortaleza, de perseverancia; y toda gracia, después de Cristo, nos viene de María.

6º En fin, por ser Madre de Dios, Socia universal de Cristo y Corredentora de la humanidad, María es también **Reina universal** junto a Cristo Rey; pues Jesucristo, después de asociarla a su obra redentora, esto es, al trabajo, sufrimiento y dolor, quiere asociarla a su triunfo y a su soberanía. Esta es la razón de la **Asun-**

ción de María a los cielos: Cristo asocia a su Madre a su propia Ascensión, llevándosela al cielo en cuerpo y alma, y constituyéndola Reina de todo lo creado.

Conclusión.

¿Qué actitud debe adoptar entonces cada hombre respecto de Aquella que Dios ha puesto junto a Cristo, en el corazón mismo del Misterio de salvación? Pues si Jesús ha querido que María le esté íntimamente asociada, en todo tiempo y en todo lugar, en el sufrimiento y en la gloria, quiere ahora que igualmente le esté asociada en el culto que la Iglesia le tributa.

«María, en la religión cristiana, es absolutamente inseparable de Cristo, tanto antes como después de la Encarnación: antes de la Encarnación, en la espera y en la expectativa del mundo; después de la Encarnación, en el culto y en el amor de la Iglesia. En efecto, somos llamados y vinculados de nuevo a las cosas celestiales sólo por la Pareja bienaventurada que es la Mujer y su Hijo. De donde concluyo que el culto a la Santísima Virgen es una nota negativa de la verdadera religión cristiana. Digo: nota negativa; porque no es necesario que dondequiera se encuentre este culto, se encuentre la verdadera Iglesia; pero al menos donde este culto está ausente, por el mismo hecho no se encuentra la auténtica religión cristiana. Y es que la verdadera cristiandad no podría ser la que trunca la naturaleza de nuestra “religación” por Cristo, instituida por Dios, separando al Hijo bendito de la Mujer de la cual procede» (Padre Billot).

De aquí se deduce, según la enseñanza constante de la Iglesia:

1º Que el culto a la Santísima Virgen **pertenece a la esencia misma del Cristianismo**. Dios, al asociar a María a la obra de nuestra Redención, *la sitúa en el corazón mismo de la Historia y de la Religión católica*. La fórmula del Cristianismo, ya como venida de Dios a nosotros, ya como ascensión de nosotros hacia Dios, no es Jesús solamente, sino *Jesús–María*.

2º Que el culto a la Santísima Virgen es, por ende, **necesario para salvarse**, y por lo tanto **gravemente obligatorio**. Quien se negase a tributar a María un mínimo de devoción, pondría en serio peligro su salvación eterna, por negarse a emplear un medio y una mediación que Dios ha querido utilizar en toda su obra redentora y santificadora.

3º Que el culto a la Santísima Virgen supone una **plena adaptación a los planes salvíficos de Dios**, que quiere comunicarnos la salvación y su vida divina por María; pues por este culto mariano concedemos a Nuestra Señora el lugar que le corresponde, por voluntad divina, en nuestra vida interior. Y es evidente que esta adaptación a los planes de Dios acarreará las más preciosas ventajas para cada alma en particular y para la Santa Iglesia de Dios en general; y, en cambio, las lagunas voluntarias y culpables en este punto serán siempre funestas para la Iglesia y para las almas.